



¿Cuál es la urgencia de un periodo extraordinario?

COLABORADOR INVITADO

**Juan Antonio
García Villa**Opine usted:
opinion@elfinanciero.com.mx

@jagarciavilla



Mientras el mundo se atemoriza y convulsiona por la llamada guerra de los doce días, que lo mismo podrá durar doce que veinticuatro o más años, en México la labor de destrucción de instituciones avanza de manera desaforada. Prueba contundente de que así es la tenemos en la innecesaria cuanto absurda celebración de un periodo extraordinario de sesiones del Congreso, para continuar con la agenda que desnuda lo que antes el oficialismo negaba con insistencia.

Ahora ya lo reconoce y

además lo dice abiertamente: que sí está —como siempre estuvo— en sus planes hacer de la Guardia Nacional un cuerpo plenamente militar y que tiene también necesidad de establecer ya —con cierta urgencia, según se ve— medidas para evitar la crítica e impedir la libertad de expresión. Y que en ambos casos requiere que así quede consagrado de inmediato en la ley, nada de esperar hasta el 1 de septiembre, cuando las Cámaras iniciarán su siguiente periodo ordinario de sesiones.

¿Cuál será realmente la urgencia del régimen de llevar

esas disposiciones a la ley, que no puede esperar un par de meses más? ¿O habrá llegado su perversión a tal grado, como en la historia de los Dos Amigos, que “pa’ no venirse de oquis robaron Guanaceví”? Quizá más grave todavía: ¿Habrá alguien que aún dude de que el régimen sigue exactamente la misma pauta y camino recorrido antes por Cuba, Venezuela y Nicaragua? ¿Será posible tanta miopía e ingenuidad de algunos? De no creerse.

Claro, siempre será posible alegar —como de hecho algunos consideran, lo reconozcan o no— que estamos al borde del abismo, pero aún no hemos caído en él; que estamos a un pie de precipitarnos en el tobogán y que echar reversa siempre será posible, en cualquier momento. Cuidado, mucho cuidado, porque mientras más demore la ardua tarea de iniciar en serio y llevar a cabo el rescate democrático del país, más difícil y costoso será lograrlo. Así lo demuestra la historia en



los casos del porfiriato y del priato, lecciones que debemos aprender.

Las cosas no se dan solas ni por mera casualidad. Ahora vemos claramente que el obradorato siempre tuvo un plan bien diseñado y definida su estrategia para adueñarse del poder. Elementos clave de uno y otro consistieron en: 1. Victimizarse todo el tiempo; 2. Polarizar a la sociedad (lo que implica un alto grado de infantil maniqueísmo: nosotros somos siempre los buenos y ustedes los malos, y el caudillo define quiénes son unos y otros; los que estén con él son los primeros y los que no, los segundos, quienes, sin embargo —estos últimos— podrán purificarse en automático, simplemente con hacer acto de fe obradorista, así continúen siendo tan corruptos como antes y aún más. Ejemplos sobran).

Tercer elemento: como conocedor que es de las miserias humanas, al caudillo le ha sido fácil y le ha resultado políticamente exitoso apelar a los más bajos instintos. Entre estos: sembrar odio, atizar el resentimiento, alimentar el deseo de venganza y la adopción de la mentira sistemática, no solo como fórmula de comunicación con la sociedad, sino para llevar

a cabo su indocctrinamiento, que con tanta eficacia ha logrado el oficialismo.

Hay un cuarto dato, en el cual aparentemente hasta ahora nadie ha caído en la cuenta. Se trata de un proceso que ha consistido en pasar de la negación oficial y sistemática por parte del gobierno de lo que ha sido evidente (de sus errores, tropelías, latrocinios, corrupción, caprichos y arbitrariedades), para luego pasar a su aceptación tácita, es decir, hipocresía lisa y llana, verdaderamente de campeonato. Para finalmente caer en el más descarado cinismo.

Cínico por el sistemático y brutal adoctrinamiento al que previamente ha sometido a la sociedad. Y que paradójicamente ha tenido el efecto de blindar al régimen. Increíble, pero así parece funcionar este siniestro proceso.

Por eso las denuncias documentadas de corrupción, que en los últimos siete años se han presentado como nunca antes en la historia de México, han tenido el curioso efecto de que nada ocurra. Pero esto en cualquier momento puede cambiar. Tal vez sea esto lo que explique la urgencia de militarizar la seguridad pública y reprimir la crítica y la libertad de expresión.